

**María
en su
Asunción**

¿Hacia dónde levantas tu vuelo?
subes igual que la aurora,
cuando esparce sus resplandores;
blanca como la luna;
hermosa como el sol.

Hoy María subió a l cielo,

¡alegraos!,

porque vive con Cristo para siempre.

Es María la Reina del cielo,

¡alegraos!,

porque vive con Cristo para siempre.



¿Hacia dónde levantas tu vuelo?
(Procesional tomado de la Liturgia de la Asunción)

P 25

ESTROFA

Andantino

Coro
(Niños)

mf Ha-cia dón-de le- van- tas tu vue- lo?: su- bes i- gual que la au-
ro - ra, cuan- do es- par- ce sus res- plan- do- res;
blan- ca co- mo la lu- na; her- mo- sa co- mo el sol. *pp*

ESTRIBILLO

Asamblea

mf Es Ma- rí- a la Rei- na del cie- lo, ¡a- le- gra-
(El día de la Asunción). Hoy Ma- rí- a su- bió al cie- lo, ¡a- le- gra-
o- si, por- que vi- ve con Cris- to pa- ra siem- pre.
o- si, por- que vi- ve con Cris- to pa- ra siem- pre.

Versículos del Salmo 97

Solistas Bien recitada

mf Can- tad al Se- ñor un can- to nue- vo, pues ma- ra- ví- Has ha he- cho.

¿Habías pensado que ...

La vida monástica femenina tiene una capacidad especial para realizar el carácter sponsal de la relación con Cristo y para ser signo vivo de ella: ¿No es acaso en una mujer, la Virgen María, donde se cumple el misterio de la Iglesia?

A la luz de esto, las monjas reviven y continúan en la Iglesia la obra de María. Acogiendo al Verbo en la fe y en el silencio de adoración, se ponen al servicio del misterio de la Encarnación y, unidas a Jesucristo en su ofrenda al Padre, se convierten en colaboradoras del misterio de la Redención. Así como María, con su presencia orante en el Cenáculo, custodió en su corazón los orígenes de la Iglesia, así al corazón amante y a las manos juntas de las monjas se confía el camino de la Iglesia”

Verbi Sponsa, 4.

"Plegaria a María"

*Todos te deben servir
Virgen y Madre de Dios,
que siempre ruegas por nos
y Tú nos haces vivir.*

*Nunca me verán decir,
vida mía, sino a Ti
Virgen María.*

*Santa fue tu perfección
y de tanto merecer,
que de Ti quiso nacer
quien fue nuestra redención.
Nunca me verán decir,
vida mía, sino a Ti
Virgen María*

¡Hágase en mí!



*“A quien debo yo llamar
Vida mía,
sino a Ti,
Virgen María”*

*El tesoro divinal
en tu vientre se encerró;
tan precioso que libró
todo el linaje humano.
Nunca ...*

*Tú sellaste nuestra fe
con el sello de la cruz.
Tú pariste nuestra luz,
Dios de ti nacido fue.
Nunca ...*

*¡Oh clara virginidad
fuente de toda virtud!
No ceses de dar salud
a toda la cristiandad.
Nunca ...*



¡Oh María, Madre nuestra!

Eres bienaventurada por haberte dejado amar y por acoger con fe viva el mensaje de tu vocación-misión, al que respondiste con amor sincero y entrega total. Enséñanos a creer de verdad que Dios nos ama y a realizar, como tú, en nuestra vida, la vocación-misión que de él hemos recibido.

Haznos, como tú, una pura capacidad de Jesús, llena de Jesús. Tú, que eres la Virgen Fiel, haznos fieles con tu propia fidelidad al designio de amor que Dios tiene sobre nosotros.

Te lo pedimos, Madre, por el amor de tu Hijo,
que es Dios con el Padre y el Espíritu Santo,
y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén

Severino María Alonso, C.M.F.

canto

*Un día a verla iré,
al cielo, patria mía,
allí veré a María,
oh sí, yo la veré.*

*Al cielo, al cielo sí,
un día a verla iré (bis)*

*Un día a verla iré,
a aquella Madre buena,
y yendo en pos de Ella,
mi amor le cantaré.*

*Concebida sin pecado original, fue
llevada al cielo en cuerpo y alma*

*La Asunción es un mensaje de esperanza
que nos hace pensar en la dicha
de alcanzar el Cielo, la gloria de
Dios y en la alegría de tener una madre
que ha alcanzado la meta a la
que nosotros caminamos*

“Las monjas de clausura...

se reconocen de modo especial en María, virgen, esposa y madre, figura de la Iglesia, y, participando de la bienaventuranza de quien cree, perpetúan el ‘sí’ y el amor de adoración a la Palabra de vida, convirtiéndose, junto a Ella, en memoria del corazón esponsal de la Iglesia” (Verbi Sponsa, I)

“¿Qué es la vida claustral sino una continua renovación de un ‘sí’ que abre las puertas del propio ser a la acogida del Salvador? Vosotras pronunciáis este ‘sí’ en la diaria aceptación de la obra divina y en la asidua contemplación de los misterios de la salvación” (Juan Pablo II)

Catequesis de S.S. Juan Pablo II en la audiencia general de los miércoles.

2 de julio de 1997

1. En la línea de la bula *Munificentissimus Deus*, de mi venerado predecesor Pío XII, el concilio Vaticano II afirma que la Virgen Inmaculada «terminada el curso de su vida en la tierra fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo» (*Lumen gentium*, 59).

Los padres conciliares quisieron reafirmar que María, a diferencia de los demás cristianos que mueren en gracia de Dios, fue elevada a la gloria del Paraíso también con su cuerpo. Se trata de una creencia milenaria, expresada también en una larga tradición iconográfica, que representa a María cuando «entra» con su cuerpo en el cielo.



El dogma de la Asunción afirma que el cuerpo de María fue glorificado después de su muerte. En efecto, mientras para los demás hombres la resurrección de los cuerpos tendrá lugar al fin del mundo, para María la glorificación de su cuerpo se anticipó por singular privilegio.

2. El 1 de noviembre de 1950, al definir el dogma de la Asunción, Pío XII no quiso usar el término «resurrección» y tomar posición con respecto a la cuestión de la muerte de la Virgen como verdad de fe. La bula *Munificentissimus Deus* se limita a afirmar la elevación del cuerpo de María a la gloria celeste, declarando esa verdad «dogma divinamente revelado».

¿Cómo no notar aquí que la Asunción de la Virgen forma parte, desde siempre, de la fe del pueblo cristiano, el cual, afirmando el ingreso de María en la gloria celeste, ha querido proclamar la glorificación de su cuerpo?

El primer testimonio de la fe en la Asunción de la Virgen aparece en los relatos apócrifos, titulados «*Transitus Mariae*», cuyo núcleo originario se remonta a los siglos II-III. Se trata de representaciones populares, a veces noveladas, pero que en este caso reflejan una intuición de fe del pueblo de Dios.

A continuación se fue desarrollando una larga reflexión con respecto al destino de María en el más allá. Esto, poco a poco, llevó a los creyentes a la fe en la elevación gloriosa de la Madre de Jesús en alma y cuerpo, y a la institución en Oriente de las fiestas litúrgicas de la Dormición y de la Asunción de María.

La fe en el destino glorioso del alma y del cuerpo de la Madre del Señor, después de su muerte, desde Oriente se difundió a Occidente con gran rapidez y a partir del siglo XIV, se generalizó. En nuestro siglo, en vísperas de la definición del dogma, constituía una verdad casi universalmente aceptada y profesada por la comunidad cristiana en todo el mundo.

3. Así, en mayo de 1946, con la encíclica *Deiparae Virginis Mariae*, Pío XII promovió una amplia consulta, interpellando a los obispos y, a través de ellos a los sacerdotes y al pueblo de Dios, sobre la posibilidad y la oportunidad de definir la asunción corporal de María como dogma de fe. El recuento fue ampliamente positivo: sólo seis respuestas, entre 1.181, manifestaban alguna reserva sobre el carácter revelado de esa verdad.

Citando este dato, la bula *Munificentissimus Deus* afirma: «El consentimiento universal del Magisterio ordinario de la Iglesia proporciona un argumento cierto y sólido para probar que la asunción corporal de la santísima Virgen María al cielo (...) es una verdad revelada por Dios y por tanto, debe ser creída firme y fielmente por todos los hijos de la Iglesia» (AAS 42 [1950], 757).

La definición del dogma, de acuerdo con la fe universal del pueblo de Dios, excluye definitivamente toda duda y exige la adhesión expresa de todos los cristianos.

Después de haber subrayado la fe actual de la Iglesia en la Asunción, la bula recuerda la base escriturística de esa verdad.

El Nuevo Testamento, aun sin afirmar explícitamente la Asunción de María, ofrece su fundamento, porque pone muy bien de relieve la unión perfecta de la santísima Virgen con el destino de Jesús. Esta unión, que se manifiesta ya desde la prodigiosa concepción del Salvador, en la participación de la Madre en la misión de su Hijo y, sobre todo en su asociación al sacrificio redentor no puede por menos de exigir una continuación después de la muerte. María, perfectamente unida a la vida y a la obra salvífica de Jesús, compartió su destino celeste en alma y cuerpo.

4. La citada bula *Munificentissimus Deus*, refiriéndose a la participación de la mujer del Protoevangelio en la lucha contra la serpiente y reconociendo en María a la nueva Eva, presenta la Asunción como consecuencia de la unión de María a la obra redentora de Cristo. Al respecto afirma: «Por eso, de la misma manera que la gloriosa resurrección de Cristo fue parte esencial y último trofeo de esta victoria, así la lucha de la bienaventurada Virgen, común con su Hijo, había de concluir con la glorificación de su cuerpo virginal» (AAS 42 [1950], 768).

La Asunción es, por consiguiente, el punto de llegada de la lucha que comprometió el amor generoso de María en la redención de la humanidad y es fruto de su participación única en la victoria de la cruz.